

DIEZ MILLONES DE HABITANTES EN EL SALVADOR DEL AÑO DOS MIL

El año dos mil nos suena lejano. Supone la entrada en el tercer milenio y nosotros somos del milenio segundo. Y, sin embargo, el año dos mil está a la vuelta de la esquina. Un niño nacido en este mes justamente llegará a la mayoría de edad, cuando cambien por segunda vez desde Cristo los cuatro dígitos en el reloj del tiempo.

¡Veinte años no es nada! y menos en la vida de un pueblo. Pero una mirada proyectiva hacia el año 2000, con algún esfuerzo por detectar aquello que para la mente humana es previsible, deja una sensación escalofriante ante el tipo y magnitud de los retos que El Salvador deberá enfrentar en este lapso. La sensación se vuelve aterradora cuando uno considera lo que se ha dejado de hacer en los últimos 20, 40, 60 años, y lo que ocurrirá si se deja que las cosas se vayan desarrollando según las actuales dinámicas sociales, que básicamente son las mismas que han actuado en el presente siglo.

Es un hecho previsible y sumamente grave que en el año 2000 la población de El Salvador estará en los alrededores de diez millones de habitantes. A principios de este siglo la población salvadoreña era menor de 1 millón de personas, para 1940 había crecido a 1.6 millones, en 1960 éramos 2.5 millones de salvadoreños y llegando a 1980 estamos al filo de los 5 millones. Hicieron falta más de trescientos años desde la colonia española para llegar a 1 millón de habitantes y en lo que va del presente siglo la población salvadoreña se ha quintuplicado.

¿Es realmente previsible que la población salvadoreña continuará creciendo a tan elevadas tasas como las de los últimos decenios? El cálculo de poblaciones futuras por medio de proyecciones de tendencias pasadas dentro de marcos estrictamente demográficos tiene sus riesgos en cualquier lugar y época. El supuesto de continuidad en las tasas de crecimiento debe llegar a ser, tarde o temprano, un supuesto contrario a los hechos. Sin embargo, la elaboración racional de todos los indicios disponibles para El Salvador, señala en efecto, la continuación de elevadas tasas de crecimiento demográfico para las dos décadas venideras, aunque quizás algo menores, en términos porcentuales, que en las próximas anteriores. Con una aplicación mecánica de tendencias actuales, el Centro Latinoamericano de Demografía





(CELADE) calcula más de 10.7 millones de habitantes para El Salvador en el año 2000. Tomando en cuenta los actuales esfuerzos por reducir las tasas de natalidad y otros factores favorables a cierta reducción de la fecundidad, el mismo Centro pronostica 10.1 millones para el fin del milenio. Aún con los supuestos más optimistas que podrían hacerse para El Salvador, y que incluirían importantes cambios estructurales en la sociedad salvadoreña, inversiones públicas gigantescas en educación y salud, grandes campañas de control de la natalidad y ambiente favorable para realizarlas —supuestos que el CELADE considera más bien irrealistas— la población aumentaría a una cifra entre 8 y 9 millones de habitantes para finales del siglo y milenio. Parece pues inescapable la conclusión de que, para entonces, el país deberá alojar, alimentar, vestir, cuidar de la salud y atender a las necesidades de educación, vivienda, transporte, trabajo y entretenimiento de una población no menor de nueve —y más probablemente diez— millones de habitantes.

Brevemente explicadas, hay tres razones principales para sustentar la última afirmación. En primer lugar, el comportamiento reproductivo pasado ya determinó una estructura de población por edades en forma piramidal con base sumamente ancha. Esto hace que a partir del momento en que se llegara a la tasa de reemplazo o tasa unitaria de reproducción —dos hijos por pareja en promedio, o una hija por mujer durante toda la vida fértil— la población continuaría creciendo por 65 ó 70 años adicionales, básicamente porque el número de parejas que irían llegando con el tiempo a edades con capacidad reproductiva, sería mucho mayor al número de parejas que cada año se mueren, hasta que hubiese cambiado drásticamente la estructura pobla-

cional por edades, lo cual es un proceso que toma mucho tiempo. En segundo lugar, nos encontramos muy lejos y muy arriba —unas tres veces arriba— de la tasa unitaria de reproducción. Como el punto medular de llegar a la tasa de reemplazo está en los valores y actitudes de la población frente al comportamiento reproductivo, la reducción de la fecundidad hasta tales niveles implica un enorme cambio socio-cultural que, nuevamente, es un proceso lento y sumamente difícil. Como las actitudes más reacias a la limitación de la fecundidad se encuentran, empíricamente y por una gran variedad de razones, en los sectores más pobres, marginados y oprimidos de la sociedad —que en El Salvador son la inmensa mayoría— toda la evidencia disponible indica, además, que el proceso de cambio socio-cultural que conduciría a la tasa de reemplazo está necesariamente vinculado a una serie de profundas reformas estructurales de la sociedad. En tercer lugar, para reducir drásticamente las tasas de fecundidad en El Salvador habría que superar el obstáculo adicional que representa la relativa deficiencia de la dotación salvadoreña de medios capacitantes y facilitantes de la planificación familiar, particularmente en lo relacionado con los servicios públicos de salud y educación.

En conjunto, las tres razones apuntadas constituyen un impresionante alegato en apoyo de la tesis de que, nos guste o no, seremos cerca de diez millones de salvadoreños en el año dos mil, y en contra de quienes creerían encontrar en la esfera de lo puramente biológico y demográfico la solución de muy complejos sociales.

¿Qué consecuencias se derivan de estas previsiones? En primer lugar, que si no se comienza a hacer relativamente pronto, algo profundo y radical en la sociedad salvadoreña, algo cualitativamente distinto de lo que se ha venido haciendo hasta la fecha, las necesidades básicas de la población salvadoreña quedarán espantosamente insatisfechas, lo cual dará origen a tensiones sociales que harían parecer juegos de niños a las de años recién pasados. Veámoslo con algunas cifras.

Una de las principales implicaciones previsible de la ya elevada densidad demográfica —la más alta del continente— en un escaso territorio nacional pobre en recursos naturales, combinado con el rápido crecimiento de la población a que nos hemos referido y el particular tipo de desarrollo económico que experimenta el país, es una muy notable agudización de la situación de desempleo, abierto y encubierto, que ya sufre la economía salvadoreña. En un documento que se ha mantenido prácticamente secreto e inasequible, a pesar de haberse preparado a iniciativa del Gobierno Salvadoreño por el Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC) de la Organización Internacional del Trabajo, y que se denomina "Situación y Perspectiva del Empleo en El Salvador" (Primera edición



1977), se calcula que en la década de los años 60 la tasa media de absorción de fuerza de trabajo alcanzó al 2.9 por ciento por año, mientras que la fuerza de trabajo misma crecía al 3.4 por ciento anualmente. Debido a esta brecha, la tasa de desocupación abierta se duplicó al cabo de un decenio, pasando del 5.1 o/o en 1961 al 10,2 o/o en 1971. Si a esto se agregan otras formas de desempleo encubierto, o menos abierto —lo que PREALC denomina “desempleo equivalente”— se concluye que el grado de sub-utilización de la fuerza de trabajo llegó en 1971 al 32 por ciento; es decir, casi la tercera parte. Y añade PREALC “La existencia de un volumen de sub-utilización de semejante magnitud en un período en que, pese a las dificultades enfrentadas, se logró dinamizar la economía, revela hasta qué punto el origen del problema reside más en el patrón de desarrollo adoptado, que en la debilidad del crecimiento de la economía salvadoreña”

¿Qué significa en términos más explícitos esta última afirmación? Lo responderemos brevemente y a nuestra manera. Debido a estructuras sociales que determinan una apropiación del ingreso en forma extremadamente desigual, el crecimiento de la economía salvadoreña en el presente siglo ha servido fundamentalmente para elevar el nivel de vida y modernizar los patrones de consumo de una élite de aproximadamente 10 o/o de la población salvadoreña que obtiene más del 50 o/o del ingreso nacional y que ajusta cada vez más esos patrones a los de países altamente desarrollados. El 90 o/o de la población, un 90 o/o de una magnitud rápidamente creciente, ha mantenido básicamente estancados sus niveles de vida y consumo, con algunos alarmantes indicios de que para el tercio más pobre realmente se han empeoradò. No se trata de que el crecimiento económico, aun-

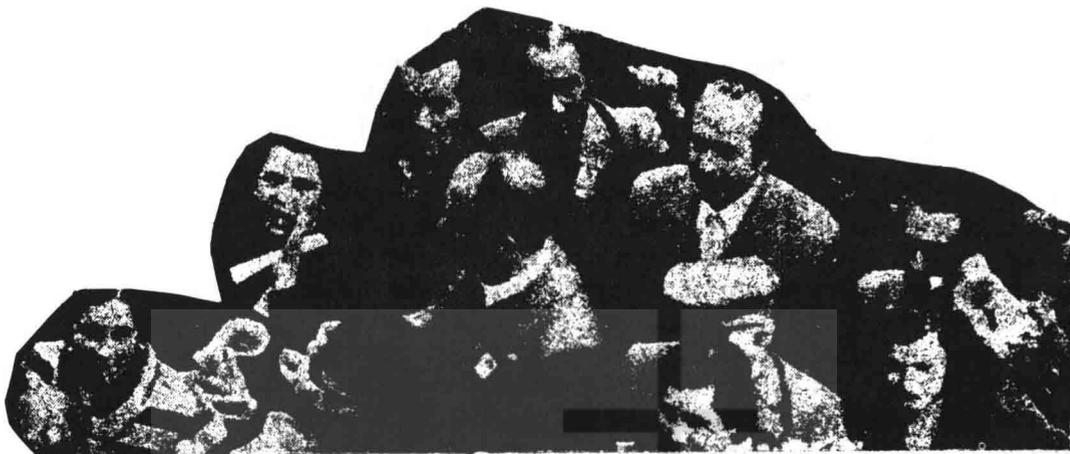


que se reconozca su insuficiencia, haya sido inferior al de la población; hay evidencia para varias décadas de que el producto nacional se ha elevado porcentualmente en forma un tanto mayor que la población total del país. Se trata pues, de un sostenido crecimiento real per cápita del producto salvadoreño, pero de tal manera concentrado, que los beneficios del mismo son completamente desiguales para los diversos sectores de la población.

Es este patrón de desarrollo el que explica el fenómeno de la creciente desocupación, porque lo que demanda el sector con ingresos suficientes para demandar se satisface crecientemente, bien sea con importaciones directas del exterior, o con producción interna que utiliza una alta proporción de insumos importados y tecnología moderna de alta intensidad de capital y bajos requerimientos de trabajo. Esto se suma, en el mismo patrón de estructuración y desarrollo de la sociedad, a la práctica inexistencia de recursos minerales, a la limitación de tierra susceptible de usos agropecuarios, a un sistema de tenencia de la misma que permite todavía bajos rendimientos por hectárea en grandes latifundios, a la orientación cada vez mayor en el uso de esa tierra para cultivos comerciales de exportación en vez de producir para el consumo interno popular, a la creciente mecanización de actividades agropecuarias que mantiene o aumenta los rendimientos productivos con menor trabajo. No es entonces de extrañar que nuevos contingentes de fuerza de trabajo no encuentren empleo productivo y que números cada vez mayores de desempleados funcionales tengan que vivir de los escasos ingresos de familiares que sí han logrado colocarse; o buscar modos de subsistencia en actividades terciarias de nula o escasa productividad; o ajustarse, a veces en forma social e individualmente patológica, a la desesperación, frustración de virtualidades humanas y desvalorización personal que implica estar apto para trabajar y no encontrar trabajo.

Es imposible que con sólo la realización de obras públicas de infraestructura de parte del gobierno y con las inversiones del sector privado en el aparato productivo del país, se logre el bienestar para todos. Para cubrir 4.5 millones de puestos de trabajo en el año 2000 se requerirían inversiones no menores de sesenta mil millones de colones que ni siquiera mínimamente puede aportar la inversión privada, de mantenerse el actual patrón de desarrollo y la misma estructura que lo engendra.

PREALC estima que, de mantenerse ese patrón de desarrollo, la desocupación abierta de la economía en su conjunto llegaría en el año 2000 a no menos del 22 o/o. Si a esto se añade el "desempleo equivalente", que en las actuales circunstancias es dos veces al abierto, la sub-utilización global de la fuerza de trabajo salvadoreña sería cercana al 66 o/o. Esto significa que las dos terceras partes de la capacidad de trabajo del pueblo salvadoreño, excluyendo naturalmente a los niños, los inválidos y



los ancianos, estaría desaprovechada. Una sub-utilización de la fuerza de trabajo que, en sólo treinta años duplica, de una a dos terceras partes, la proporción desempleada. Más de tres millones de hombre-año sin encontrar cauce a su capacidad productiva. Este es un dato gravísimo, aunque el desempleo equivalente estuviese sobreestimado. El orden de magnitud del problema es sencillamente colosal.

La situación de desempleo, grave en sí misma, no es en manera alguna el único de los males sociales previsibles para el año 2000. Como mínimo se necesitarán para entonces unos 3 millones de puestos en el sistema educacional, con los correspondientes maestros, libros, aulas, laboratorios y demás facilidades educativas.

El sistema de salud tendría que absorber el empleo de más de 5.000 médicos, con las correspondientes camas hospitalarias, personal para-médico, instrumental quirúrgico y de diagnóstico y demás facilidades de atención a la salud.

Solamente para satisfacer las necesidades habitacionales de la zona urbana se necesitarán unas 800.000 viviendas a finales de siglo, cuando las que podrían considerarse aceptables al presente no llegan a la cuarta parte de esa cifra; a lo que habría que añadir, naturalmente, el déficit de las zonas rurales, que es mucho mayor y el incremento de ese déficit por el aumento poblacional en esas zonas.

La adecuada alimentación de 10 millones de personas implica una disponibilidad de alimentos con capacidad de proveer unas veinticinco mil millones de calorías diarias, meta difícilmente alcanzable si se tiene en cuenta que el consumo actual no llega a los diez mil millones, que su distribución es agudamente desigual y que el crecimiento en la producción interna de alimentos muestra una sostenida tendencia a quedar por debajo del crecimiento poblacional.

Aunque sólo se tratara de satisfacer mínimamente las más básicas necesidades de la población, El Salvador tendría que superar gravísimos problemas en un reducido lapso histórico de 20

años. Para que estos fríos datos de requerimientos no oculten la gravedad y el dramatismo de esos problemas, resumimos brevemente la situación actual de uno solo de los requerimientos mencionados: la ingesta calórica. Según estudios del Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP), en su "Evaluación Nutricional de Centro América y Panamá", el 73 o/o de los niños salvadoreños menores de cinco años muestra pérdida de peso del 10 o/o, por comparación con el peso medio de niños adecuadamente alimentados, indicando —en el mejor de los casos— desnutrición de primer grado según la escala de Gómez.

El mismo estudio afirma que un 26 o/o muestra una pérdida de peso mayor al 25 o/o, indicando desnutrición de segundo grado con peligro de muerte si el niño contrae, como es muy frecuente, alguna enfermedad contagiosa o parasitaria. Un 4 o/o, finalmente, muestra pérdida de peso de más de 40 o/o, equivalente a desnutrición de tercer grado con peligro inminente de muerte sin que intervenga una causa ajena a la desnutrición misma. Los distintos niveles de desnutrición en los niños fueron comprobados no solamente por el peso, sino por observación directa y cuantificación de los alimentos que ingerían, en una muestra representativa de familias observadas. En comparación con el consumo mínimo recomendado por INCAP de 2.189 calorías diarias por persona, la tercera parte de las familias encuestadas tenían un consumo de menos de 1.750 por persona; y el seis por ciento de las familias no alcanzaba siquiera el nivel de 1.000 calorías diarias por persona.

Podríamos seguir multiplicando las cifras, los requerimientos y las preguntas implícitas de cómo vamos a satisfacerlos. Pero todas esas preguntas se quedarían sin respuesta. Las Universidades, el Gobierno, los partidos políticos, las organizaciones populares, el capital, la oligarquía, los grupos guerrilleros, no saben qué hacer en concreto, no ya para resolver el problema político del país; pero ni siquiera para comenzar a resolver estos problemas económico-sociales. No saben qué hacer respecto de los cinco millones actuales. ¿Cómo van a saber qué hacer para diez millones en un período de veinte años? Es hora ya de que en El Salvador alguien se ponga a pensar de verdad en el año 2000, a cuantificar las grandes necesidades básicas de la población de entonces, a elaborar un proyecto nacional de desarrollo cuyo objeto sea, precisamente, la satisfacción de esas necesidades básicas; a proponer y ejecutar programas y actividades congruentes con ese proyecto y enmarcadas en el mismo. Si hoy estamos mal y no cambian las dinámicas sociales, dentro de veinte años estaremos mucho peor. Habrá mucha más gente que estará peor. Frente a esta tremenda esclavitud futura, que está ya a la vuelta de la esquina, cambia mucho la apreciación de lo que está ocurriendo hoy. Sólo mirando el año dos mil, sólo mirando los problemas actuales desde el año dos mil se tendrá la correcta perspectiva de

lo que es importante ahora y de lo que ahora hay que hacer.

Tratando de ubicarnos en esa perspectiva hemos insistido desde las páginas de esta revista, e insistimos hoy una vez más, en que el país necesita un profundo cambio estructural, uno que altere drásticamente la actual dinámica social. El Salvador necesita, de manera especial, transformar creativamente aquellas estructuras que determinan la distribución del ingreso y de los activos productivos de la sociedad; y necesita impulsar con gran vigor un crecimiento económico auténticamente orientado a la satisfacción de necesidades básicas populares. De lo contrario, el Producto Territorial Bruto crecerá justo en la magnitud y en la forma necesarias para que 1 millón de habitantes puedan vivir como si esto fuera Nueva York, mientras los otros nueve millones escupen sangre. Y esto, nos guste o no, es ética y políticamente insostenible, y acabará por convertir nuestra patria en la selva de egoísmo y de sangrientas luchas por la supervivencia que ya hemos comenzado a conocer.

Obviamente, el solo planteamiento de un Proyecto Nacional de Desarrollo para el año 2000 tiene un alcance político; no digamos el inicio de su ejecución, lo cual supone un Gobierno con credibilidad para ganarle apoyo y para coordinar esfuerzos y voluntades de muy diversos sectores. El país no puede comenzar a resolver sus grandes problemas socio-económicos sin resol-



ver antes su tremenda crisis política; sin que el Gobierno goce de un amplio respaldo y consenso popular. Con la política actual y los políticos actuales no podemos esperar soluciones adecuadas. Entre otras cosas porque no tienen un plan en función de las necesidades del año dos mil. Entre otras razones porque no hemos vivido un proceso de democratización de la vida política del país, que es la única forma como en las actuales circunstancias puede salirse del callejón en que nos ha metido esa crisis, y garantizar la legitimidad y credibilidad de la gestión pública.

El Salvador tendrá cerca de diez millones de habitantes en el año dos mil. La noticia es realmente dramática. Es la noticia más grave e importante que vamos a tener durante estos veinte próximos años. Es la noticia que debe dirigir la política general del país. Vamos a necesitar ponernos en plan de emergencia nacional para empezar, con la mirada puesta en el año dos mil, a hacer cosas que supongan un avance drástico, en el terreno político primero, en lo socio-económico después. Hoy estamos muy mal; pero si no comenzamos a hacer algo cualitativamente distinto a lo que hemos ya experimentado por décadas con pésimos resultados, en el año dos mil estaremos en medio de un tremendo colapso que no beneficiará a nadie. Comencemos pues a preparar planes en función de las necesidades del año dos mil. Y comencemos a democratizar, de verdad, la vida política del país.

Enero de 1979.

